

Exposición y Crítica del Materialismo Histórico

Por Abraham Fernández de Soto

Coincide Carlos Marx con el fundador del positivismo en su actitud puramente experimental y fenoménica. En ambas escuelas, la idea de Dios es eliminada, desconocido el derecho natural, la historia se toma como fuente única del ordenamiento social, se diagnostica el estado revolucionario de la sociedad contemporánea, y queda formulado el pronóstico de una próxima etapa final de la humanidad.

De las obras fundamentales de Marx, el Manifiesto Comunista (1848), Crítica de la Política Económica (1859) y el Capital (1867), se deduce que el marxismo no fue solamente agnóstico sino anti-religioso. "La religión es el suspiro de la criatura oprimida, el alma de un mundo sin corazón; es, también, el espíritu de una civilización, de la que se ha excluido el espíritu. Es el opio del pueblo". "La crítica de la religión es la condición primera de toda crítica". "La abolición de la religión, considerada como felicidad ilusoria del pueblo, es exigencia de su verdadera felicidad", escribe el filósofo materialista en varias de las obras citadas.

Sin embargo, en la solución del problema social que Marx predica, según la cual deberán desaparecer los antagónicos intereses de las clases en que la sociedad se encuentra dividida, la aparición en suma de una estupefaciente novedad, de una comunidad en la cual la libertad, la armonía, la prosperidad y la justicia reinarán siempre, encontramos la concepción mesiánica del Reino de Dios, de la cual el autor del materialismo histórico, como judío que es, no puede prescindir. Según sus palabras la humanidad cometió, sin duda, un pecado original: la explotación clasista y al proletariado corresponde redimirla de esa culpa por medio de su revolución.

Hé aquí una nueva fuerza religiosa sin Dios ni moral, pero suficiente para estimular en el pueblo ruso su atávico fanatismo.

Respecto al hombre, Marx en su "Crítica de la Política Económica", escribe al respecto: "Se puede distinguir a los hombres de los animales por la conciencia, por lo que se quiera. Comienzan ellos mismos a distinguirse de los animales desde que comienzan a producir sus medios de existencia". "La manera como los individuos exteriorizan su vida los define. Lo que ellos son, coincide con su producción, con lo que producen y con la manera como producen". "De consiguiente, el hombre, antes que nada, es un productor material; un productor material determinado, "porque, agrega, no es la conciencia del hombre lo que determina su existencia, sino su existencia social lo que determina su conciencia".

Y pasando de estos particulares, elaboró una teoría completa explicativa de la evolución económica de la sociedad, a la cual Engels, se refirió ante el féretro del compañero muerto, diciendo "Darwin ha descubierto la ley que rige la naturaleza orgánica. Marx ha encontrado aquella que rige la evolución de la historia humana".

Los postulados generales de su tesis, además de los que tienden a negar el derecho a la propiedad privada, que serán analizadas en otra parte de esta obra, son, en síntesis, el materialismo económico o interpretación económica de la historia, la afirmación de que la de toda la sociedad es la historia de la lucha de clases y la profecía de una revolución que transforme completamente el estado actual de las sociedades, eliminando las clases sociales.

En su "Crítica de la Economía Política" afirma: "En la producción social de su vida los hombres entran dentro de relaciones necesarias y específicas, independientes de su voluntad; relaciones de producción que corresponden a una fase específica de la evolución de sus fuerzas materiales productoras. La totalidad de sus relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se eleva una superestructura jurídica y política y a la cual corresponden determinadas formas de la conciencia social. Los modos de producción de la vida material condicionan los procesos sociales, políticos y espirituales de la vida en general. No es la conciencia de los hombres lo que determina su sér, sino al contrario, es su sér social lo que determina su conciencia".

De acuerdo con esta doctrina, las ideas sociales cambian si se modifica el modo de producción. Y han cambiado, en efecto, siguiendo la curva del proceso productivo que fue pasando de la caza y la pesca a la agricultura primitiva; de allí a la artesanía familiar reducida a abas-

tecer el consumo de sus miembros; de ésta al taller y la fábrica; del molino movido a mano a las aspas medioevales, a la máquina sustitutiva del hombre; de la economía cerrada a la de mercados abiertos e ilimitados. Lo cual, a su vez, agudizó las diferencias naturales que existen entre los hombres, en las que Marx cree se encuentra la base de una pugna irreconciliable y fatal.

Hay quienes sostienen con mucho fundamento que en la afirmación de la lucha de clases se resume toda la teoría marxista. En efecto, estas frases del Manifiesto Comunista, redactado por el fundador de la escuela en compañía de Engels, así lo dan a entender claramente: "La historia de toda la sociedad, desenvuelta hasta aquí, es la historia de la lucha de clases. Libres y esclavos, patricios y plebeyos, barones y siervos de la gleba, maestros de obra y artesanos supeditados a una compañía, en una palabra, oprimidos y opresores, están en contraste continuo y sostienen una lucha no interrumpida jamás, a veces violenta y franca, a veces disimulada; una lucha que terminará, o con una transformación revolucionaria de la sociedad, o con la total ruina de las clases sociales en pugna".

"Esta moderna sociedad burguesa, salida de la ruina de la sociedad feudal, no ha destruido la oposición de clases, sino que ha introducido nuevas, así como otras condiciones de opresión, otras formas de lucha, que sustituyeron a las antiguas".

"Al propio tiempo, esta época muestra de la burguesía, presenta una diferencia respecto de las otras y es la de que dentro de ella las oposiciones de clases tienden a simplificarse. La sociedad va siempre, cada vez más, dividiéndose en dos campos enemigos, en dos clases directamente opuestas: la burguesía y el proletariado".

Esta visión comunista del desenvolvimiento social, hija de Darwin, trágica por cierto, no debe preocuparnos seriamente, ya que el desenlace de la fratricida lucha clasista será el advenimiento de una auténtica civilización, o sea, la aurora de una sociedad sin clases, sin conflicto económico ni contradicciones guerreras, ni injusticias. "A la sociedad burguesa con sus clases y sus antagonismos sustituirá una asociación en la cual el desenvolvimiento libre de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos".

Y mientras la lucha que prevee subsiste, debe tolerarse la existencia del estado burgués. Explica que sólo en un determinado período puede y debe condenarse el régimen opresor; hasta entonces merece respeto como preparatorio del progreso social. "La humanidad construye un mundo nuevo con las adquisiciones históricas de un mundo que perece", pero mientras se llega al estado de madurez de las condiciones materiales necesarias para que se produzca el cambio, los ad-

herentes a la nueva teoría deben sufrir las deficiencias y atrocidades de los gobiernos capitalistas.

* * *

Conviene agregar que para Marx y sus discípulos, la religión es producto de la mente humana, y sufre, como los demás fenómenos sociales una evolución adecuada al desarrollo de los grados de la producción económica por los que ha pasado la humanidad. Es un fenómeno caduco y pasajero (9), hace parte de aquellos productos secundarios causados en el cerebro de los hombres por el juego fatal de las relaciones materiales, algo ilusorio como las figuras que aparecen sobre el telón cinematográfico, formas sin consistencia que desaparecen con la luz que las proyecta.

(9) En distintos escritos, en la carta de Marx a Engels, publicada bajo el título de Ideología Alemana, se lee: "En la religión, los hombres transforman su propio mundo empírico en una esencia que se opone a ellos como externa. Si se quiere hablar de la esencia, o sea de la base material de esa cosa inesencial, no es necesario buscarla en la esencia del hombre, ni en los atributos de Dios, sino en el mismo mundo material correspondiente a cada uno de los periodos de la evolución religiosa". En "Contribuciones a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel", agrega: "El hombre, que ha encontrado en la realidad imaginaria del cielo un superhombre, no ha visto más que el reflejo de sí mismo" y más adelante: "El fundamento de toda crítica contra la religión es: el hombre hace la religión, no la religión al hombre. La religión, en verdad, es la conciencia de sí mismo, el sentimiento que de sí propio tiene, porque él hombre no ha logrado todavía descubrirse; pero el hombre no es un sér abstracto apoyado fuera del mundo. El hombre es, por el contrario, el mundo del hombre, el Estado, la Sociedad. Este Estado, esta Sociedad producen la religión, que es una forma de conciencia del mundo, absurdo por cierto, porque él se encuentra en un mundo absurdo. La religión es la teoría general de ese determinado mundo, su compendio enciclopédico, su lógica bajo una forma popular, un cierto grado de honor espiritual, su entusiasmo, su sanción moral, su complemento solemne, su peculiar y general motivo de consuelo y justificación. Esa es la realización fantástica del sér humano, porque el sér humano no posee la verdadera realidad. La lucha contra la religión es indirectamente la lucha contra un mundo en el cual la religión constituye su aroma espiritual". "La miseria religiosa es, de una parte, la expresión de la miseria real y de la otra, la protesta contra esa miseria. La religión es el suspiro de la persona oprimida, el alma de un mundo sin corazón, el espíritu de una civilización en la cual el espíritu está excluido. La religión es el opio del pueblo".

Resulta muy difícil refutar esta metafísica del materialismo, que resume la concepción naturalista de la vida y del hombre. Ya Pasteur demostró con repetidas experiencias que son varias y complejas las combinaciones de la materia y que por ello no puede nunca formarse el plasma vital. La vida no puede salir sino de la vida, nunca de la materia inerte, porque lo más no sale de lo menos. Y asimismo, la idea, que es una representación universal del objeto, no puede surgir de particularísimos y recortados motivos de aprehensión, principio que se repite en todos los fenómenos psicológicos.

Lo cierto es que la religión ha existido siempre, tanto en pueblos bárbaros e inciviles, desprovistos de castas sacerdotales, de altares y templos, como en los de más refinada cultura; que ha sido independiente de las circunstancias económicas, hasta el extremo de que las más puras y perfectas son contrarias a los intereses materiales y políticos de los Estados Paganos, que identifican el poder con la religión; y que a medida que progresan los medios de producción de riqueza y las ciencias físicas, químicas, matemáticas, históricas y sociales, tiende a ser más sencilla, más sobria, menos ornamental y suntuaria, cargada de preceptivas de moral, obligatorias para ricos y pobres, poderosos y débiles.

Por último, no se discute hoy la evidencia histórica de la génesis ideológica de las religiones. "Por lo menos la religión cristiana, —dice Angelo Brucculeri, S. I., en su obra "El Comunismo", página 99 de la Edición de La Civiltà Cattolica, Roma 1945—, no es una creación de filósofos encerrados en las nubes de su propia abstracción. El cristianismo no ha nacido, como el idealismo filosófico, del cerebro de cualquier pensador solitario: se presenta al parecer como un conjunto de hechos de indiscutible valor histórico, y los hechos no son la ideología contra la cual Marx endereza su crítica. Para el catolicismo, en efecto, la verdad dogmática no es una filosofía ni una metafísica. Fue anunciada por hechos: aquel del Cristo, por ejemplo, que no surgió de la cabeza de cualquier filósofo, sino que nació de la carne y de la sangre de una mujer, en el tiempo en que a Roma reinaba Augusto, en una aldea denominada Belén y precisamente en una gruta mientras varios pastores lo custodiaban en compañía de sus bueyes.

Y este hecho está unido a otros. Al menos, es una respuesta a otro hecho, el del mal, que se ha manifestado en el mundo antes de Cristo e independientemente de las lucubraciones filosóficas, a tal punto que ninguna filosofía ha podido introducirlo dentro de su sistema. El hecho del Cristo corresponde, pues, al hecho del mal. Y al de la salvación, que corresponde asimismo al de la perdición.

Sin estas nociones, el universo habría perdido hace mucho tiempo

su equilibrio. La experiencia demuestra que ni la fuerza, ni la ley positiva son suficientes para contener los impulsos del hombre hacia el desorden y que los preceptos religiosos, aplicados a todos los aspectos de la vida individual y social, representan no sólo un alivio sino un programa de actividad encaminado a producir el concierto y armonía de las comunidades.

No explica la extraña concepción marxista de la religión otro hecho innegable. Que la Iglesia de Cristo ha sobrevivido intacta en sus enseñanzas a más de una revolución social, a más de una crisis histórica, de aquellas a las cuales se atribuyen cambios de orientación, modos de vida, formas políticas y económicas de los pueblos. Sin que pueda afirmarse tampoco que la religión es estática. Se conforma y adecúa a los diversos tiempos y circunstancias, desarrollando sus enseñanzas eternas, desenvolviéndolas sabiamente para conjurar los nuevos factores de perturbación de la moral social y de las costumbres individuales, que generalmente se resumen en uno mismo, la pugna de intereses temporales con los preceptos inmutables de la justicia y de la paz, incrustados en la mayoría de las religiones conocidas. De modo que bien puede decirse con exactitud que la humanidad o la actividad de los hombres varía constantemente en torno o en contra de los preceptos religiosos, invariables y eternamente vivos.

Los discípulos de Marx, siguiendo a su maestro y cumpliendo la consigna de crear el odio contra la Iglesia, predicán con frecuencia que el catolicismo es la religión del potentado y el comunismo, la del pobre.

Mientras discutimos el punto a espacio, en la parte correspondiente de esta obra, sirvan de respuesta estas palabras de San Agustín: "Las riquezas no son la obra del demonio, como algunos creen. Haced buen uso del dinero y no será en modo alguno deshonesto. Digo, pues, esto contra los herejes que condenan toda propiedad y toda riqueza. Yo no quiero que seáis esclavos de los bienes económicos, pero tampoco creáis que son vuestros enemigos los bienes que Dios os concedió para vuestra utilidad".

* * *

Ya hemos escrito antes que la tesis de la lucha de clases resume toda la doctrina del marxismo, y por ello es imprescindible saber qué entienden sus autores por *clases sociales* y si su concepto corresponde o no a la realidad de la composición de la sociedad.

No es fácil dar una definición de *clase*. En 1903, la Sociedad de Sociología, reunida en París, propuso a sus miembros el estudio de la definición de *clase social*. A las discusiones que suscitó el tema, la sociedad respondió simplemente: "La clase, precisamente por que no es

un hecho legal ni social, no es una entidad claramente determinada. Sus fronteras son indecisas. No se puede indicar precisamente el punto en el cual se inician y terminan. Se sabe simplemente que algunos miembros de la sociedad no pertenecen a la clase de otro y que de varios modos se diferencian”.

Pero Marx, la definió diciendo que “es un grupo de individuos unidos por la identidad de situación e intereses económicos”.

Aun situándose en este criterio estrictamente económico, que supone la identificación de sentimientos, intereses, reciprocidad en los que nada tienen y su oposición definitiva, en todo campo, de los que poseen los instrumentos necesarios para producir bienes materiales, la definición es falsa.

Dentro de cada gremio hay, sin duda, individuos que poseen mejores rentas, más jugosas entradas y que, no obstante esta diferencia, luchan al lado de los menos favorecidos por su trabajo en virtud de un vínculo profesional que crea en ellos un sentimiento solidario, una mentalidad peculiar y hasta una psicología colectiva, que no rompen los grados de su riqueza privada. Por razones de parentesco, tradicional amistad de familias, uniformidad de rango social y no pocas veces por el transitorio vínculo geográfico, se producen en personas de muy diversas posibilidades económicas lazos de confraternidad auténtica, afianzadas por actos de amistad o de caritativa ayuda, por gestos de nobleza que hacen olvidar la separación material de sus condiciones económicas. La adhesión a un credo religioso o político, o la simple preferencia de varios individuos por un arte, un deporte, una actividad cualquiera, engendra entre ellos auténticas sociedades particulares, estímulos constantes para uniformarse y confundirse en unos mismos entusiasmos y pasión, indiferentes a sus disímiles posibilidades privadas.

Y dentro de la clase media, tan alabada y a la vez criticada, de la cual el marxismo profetizó su desaparecimiento, porque no siendo capitalista ni obrera, y no pudiendo por ello mismo solidarizarse sinceramente con ninguno de estos dos polos en lucha, constituía un emparedado de vida fugaz; hay tantos grados, modos, variedades y diferencias, que hacen difícil su determinación clasista y, al propio tiempo, su ubicación dentro de un Estado que quisiera protegerla. A ella pertenecen los hijodalgos empobrecidos, quienes alternan con los plutócratas en fiestas y recepciones; los funcionarios del primer plano, quienes por su posición oficial y por sus actividades son solicitados en los altos círculos de la banca y de la sociedad; los profesores universitarios, puramente tales, quienes por su dedicación intelectual y su prestigio, alcanzan ascendiente, respeto, consideración y preeminencia en las comuni-

dades cultas; y los burgueses enriquecidos con el diez por ciento; y los comerciantes que trabajan a crédito; y los obreros con rango de capataces; y los profesionales pobres; y los funcionarios de menor jerarquía, estimados también y respetados dentro de sus amistades y dentro de su gremio respectivo.

¿Cómo clasificar tan diversos y encontrados modos de vida, costumbres, criterios, sentimientos, aficiones y cómo extirparlos de la sociedad futura, si merced a su consagración y actividades el mundo ha progresado en tantas direcciones, ajenas por cierto a la determinación económica que supone el materialismo?... Disponiendo de muy escasos medios de fortuna, casi por lo general inferiores a su necesidad personal y familiar, esta clase ha contribuido a la creación de tantas realizaciones culturales, artísticas y sociales que constituyen ciertamente la sal de la vida para quienes creemos que no sólo de pan vive el hombre.

La definición de Marx, es, pues falsa, o por lo menos, parcial y recortada. La humanidad real se compone de grupos sociales muy diversos: razas, naciones, Estados, clases, Iglesias, partidos, sexos, edades, que se entrecruzan constantemente. Hay tantas formas de antagonismo y solidaridad cuantos grupos sociales, como que son ellos la expresión natural de los múltiples intereses que viven en una sociedad, sin que puedan apellidarse clases marxistas.

Mucho menos puede pretenderse que se extingan, porque su existencia corresponde a la innata desigualdad de los hombres, desigualdad de aptitudes y oportunidades, de dotación mental y de ubicación en la tierra, de oficio y profesiones, cuya realidad incontrastable sirve, entre otras cosas, para probar la necesidad que tenemos de vivir asociados.

Lo cual no quiere decir, en manera alguna, que los grupos sociales no combaten entre sí, al menos transitoriamente, y de que de esa lucha resulte un progreso en todos los campos del desarrollo de la actividad racional. Para el criterio marxista, la sociedad por su esencia está constituida de elementos demoleedores, o sea, fatalmente impulsados a destruirse. Mas, porque se acepta que el hombre es instintivamente sociable, o de otro modo, que la sociedad es el medio natural concedido a ese sér para perfeccionarse, es absurdo concluir que ese medio por centurias ininterrumpidas no ha cumplido su función y constituye, por el contrario, un extraño organismo en el cual fatalmente la patología reina sobre la fisiología.

Por el contrario, si aceptamos la tesis de que la sociedad es un organismo, debemos considerarla como todo cuerpo biológico, en el cual un principio vital reduce todo a la unidad o a la armonía, aun a pesar de sus crisis transitorias que amenazan desintegración; como todo

organismo, tiene una fuerza interior, una ley íntima, que impone la convergencia de sus energías, sin la cual marcharía a la muerte.

León XIII escribe al respecto unas palabras llenas de sabiduría y de sano optimismo: "En la presente cuestión, el absurdo mayor es éste: suponer una clase social naturalmente enemiga de las otras, como si a ricos y a pobres los hubiera hecho la naturaleza inclinados a batallar entre sí en un duelo implacable. Esta concepción es contraria a la razón y a la verdad, pues resulta cierto que así como en el cuerpo humano los varios miembros se concuerdan y forman un armónico temperamento que podemos llamar simetría, así quiere la naturaleza que en la comunidad civil armonicen entre sí las dos clases, de lo cual resultará el equilibrio".

* * *

Conforme en un todo con la concepción artificial y racionalista del Estado, por el aspecto político el marxismo solicita su extinción, porque, según sus apóstoles, es un arma de opresión, el producto del conflicto de las clases, la expresión máxima del predominio de los fuertes que han variado sólo de nombre a través de las diversas épocas de la historia.

A este respecto, los textos de los fundadores son muy claros:

Engels, en carta escrita a Marx y publicada más tarde por Bebel bajo el nombre de Memorias (Ausmeinen Leben) dice al respecto: "El libre estado del pueblo se ha transformado en un Estado libre. Gramaticalmente, un estado libre es aquel en el cual el Estado es libre de frente a los ciudadanos y, por tanto, constituye un gobierno despótico. Se debería suspender la alabanza del Estado, especialmente después de La Comuna, puesto que no lo era ya en el verdadero sentido de la palabra. El Estado popular ha estado en la boca de los anarquistas hasta causar náuseas, bien que ya Marx en su escrito contra Proudhom y después en el Manifiesto Comunista dijo claramente que con la introducción de la organización socialista, el Estado por sí mismo debe desaparecer. Ahora bien: Como el Estado es todavía una institución provisional, de la cual se servirá durante su período de lucha, durante la revolución, es un simple contrasentido hablar del Estado popular. Si es cierto que el proletariado necesita del Estado, no será en interés de su libertad sino como medio para dominar a sus enemigos; y apenas pueda hablarse de la libertad, el Estado debe dejar de existir como tal. Por tanto, proponemos substituir completamente a la palabra *Staat* (Estado) la palabra *Gemeinwesen* (Casa Común, Colectividad), un bueno y antiguo vocablo alemán que reemplaza mejor el vocablo francés *La Comune*".

El mismo Marx, en su obra "Miseria de la Filosofía" reafirma aquellos conceptos agregando: "La clase trabajadora en el curso de su evolución sustituirá a la antigua sociedad civil por medio de una organización que extinguirá las clases y su oposición. No será éste un poder político propiamente dicho, ya que esta forma de autoridad es, precisamente, la expresión oficial del antagonismo de las clases en la sociedad civil".

El comunismo no demuestra, pues, mayor afán, como quieren los anarquistas, para pasar del capitalismo al régimen político inspirado por ellos. Preven en cambio, un período de transición, una fase preparatoria, a la cual apellidan "la dictadura del proletariado", un sistema sui-generis encaminado a dominar la resistencia de los burgueses y no es, desde luego, una democracia de bases igualitarias y sentido liberal sino por el contrario un mecanismo de restricciones a las actividades individuales que sus fanáticos adeptos deben sufrir como condición indispensable para lograr el definitivo reinado de su partido.

En la práctica, el Estado Comunista, conocido como la realización política de la escuela del materialismo histórico, no ha eliminado, pues, la desigualdad de las clases ni la lucha entre ellas, ni ha mejorado las condiciones de vida del hombre. Al eliminar la propiedad privada y absorber para el Estado todos los medios de producción y de consumo, ha creado en los gobernantes una clase privilegiada, y al suprimir el ejercicio del derecho regional e individual, ha sumido a los ciudadanos en una increíble esclavitud, emparentada por cierto con las del totalitarismo germánico.

Ninguna de las profecías de Marx se ha cumplido hasta ahora: ni la teoría de la proletarianización creciente, fundada sobre una posible desaparición de la clase media; ni la otra de la crisis y de la revolución inmediata, por lo cual toda su afirmación dogmática y pseudocientífica ha sido mirada como producto de una imaginación fantástica.

Quizás su mejor refutación sea el experimento ruso, tanto tiempo conservado en el misterio y ante cuya revelación el mundo permanece estupefacto. Desde el período inicial (1917-1921), caracterizado por la realización de los postulados del colectivismo integral (expropiación de la propiedad raíz, impuestos progresivos, abolición de la herencia, confiscación de los bienes de los emigrados y de los rebeldes, centralización en el Estado del crédito bancario de la industria, trabajo obligatorio y producción colectivizada y planificada), hasta el período último, en el cual se admite nuevamente el principio de la propiedad privada para la habitación, el vestido, algunos animales domésticos y las herramientas o útiles de trabajo, el desastre ha sido registrado minuciosamente por estadísticas tan imparciales como las de la Sociedad de

Naciones y en los libros de autores que no pueden considerarse como reaccionarios, tales como Francesco Nitti, André Gide, Chamberlain, Arnaldo Cappa, Víctor Kracenko y Smith.

El insuceso no se refiere solamente al aspecto estrictamente técnico de la economía sino al más humano de las condiciones actuales del obrero y del campesino, esclavizado más que nunca, porque estimado en función de su capacidad productiva ha perdido el rango de su naturaleza racional y sólo adquiere derechos artificiales dentro de un Estado déspota y arbitrario.

No me interesa de modo especial adentrarme ahora en el estudio del aspecto económico. Me interesa el aspecto social de la cuestión, es decir, determinar si todas aquellas reivindicaciones que el marxismo predicó como necesarias para lograr la felicidad terrena y aquellos postulados en que debería basarse la igualdad de las clases han sido de alguna utilidad para los hombres que viven bajo sistemas hijos de aquella filosofía. A ese propósito creo muy importante conocer algunas de las afirmaciones centrales proferidas por quienes animados a veces de curiosidad y ótras por una declamada tendencia socialista, estudiaron directamente ese escenario.

André Gide (Regreso de la Unión Rusa. París 1936) dice: "Yo quisiera expresar la extraña y entristecedora impresión que recibí al visitar las habitaciones de los trabajadores. No es otra que la de una completa despersonalización. Por todas partes los mismos muebles rojos, el mismo retrato de Stalin y nada más. La felicidad de todos se obtiene con la desindividualización universal. Para ser feliz es necesario conformarse. Pero esta despersonalización a la cual todo en Rusia parece tender, es verdaderamente un progreso? Yo no lo creo".

Uno de los argumentos más socorridos de los socialistas es el de que no existen en Rusia desocupados. Chamberlain (La Edad de Fierro de Rusia. 1937) escribe: "Diré que el régimen soviético ha logrado eliminar la desocupación, desde el punto de vista técnico; pero esta afirmación induce fácilmente a engaño si no se agrega que el tenor de vida del trabajador ruso es mucho más bajo que el modestísimo standar a que llegó en 1927 y 1929 y, por tanto, mucho más todavía que el de Europa Occidental o América. En verdad, la eliminación de la desocupación puede considerarse como una conscripción en masa de los trabajadores. Un desocupado en Rusia debe aceptar cualquier trabajo que le sea ofrecido por el Estado, aun en un puesto lejano, porque no aceptarlo equivale a perder el derecho al cupón de alimentación. Con el método soviético para eliminar la desocupación, imitado por cualquier gobierno que tentase de disponer autoritariamente de la fuerza trabaja-

dora de los ciudadanos, se obtendrían maravillosos resultados. En América, por ejemplo, Roosevelt lograría eliminar inmediatamente la desocupación si pudiese asumir poderes dictatoriales y establecer que cada desocupado debe realizar un determinado trabajo a cambio de la alimentación o del vestido. Pero esto suscitaría la más tremenda oposición y no se concebiría dentro de un régimen democrático”.

Otro carácter manifiesto y deplorable de la política soviética es su inhumanidad. Para ilustrarla, basta leer el estudio que con el título de “Batalla” escribió Kleber Legay, minero inteligente, que llegó a tener el grado de secretario general de la Federación de los Trabajadores del sub-suelo en Francia. “La cosa que más profundamente me ha estremecido y que antes que cualquier otra quiero hacer conocer, es el trabajo que se le impone a las mujeres. Se encuentran mujeres en gran número en el fondo de las minas, que se ocupan (dicen los rusos) en labores fáciles pero a quienes yo he visto debajo de las canteras realizando increíbles trabajos. Las he encontrado de día y de noche y por todas partes, en las oficinas, en las calderas, en los terraplenes, en las construcciones edilicias, en las carreteras, en las ferrovías, curvadas bajo el peso de las ruedas, bajo la dirección de los hombres. Haciéndome el maravillado pedí que se me esclareciese aquella situación y se me respondió que la mujer en Rusia es igual al hombre. Un camarada después, presidente del sindicato de Corlowska, me dijo que, en definitiva, era mejor hacer trabajar a las mujeres de aquel modo que abandonarlas a la prostitución, como se hace en Francia”.

Y otra vez Gide, en su prosa brillante de latino eximio, concluye uno de sus estudios, así: “Después de tantos años de esfuerzos, se estaba en el derecho de ver alzar al pueblo ruso un poco la cabeza; y, sin embargo, nunca las cabezas estuvieron más inclinadas y curvadas que hoy”.